

parte, respecto a la cuestión artística conozco bien lo que le falta a *El Genio del Cristianismo*: esta parte de mi obra es bastante defectuosa, porque en 1800 no conocía yo las artes; no había visto ni Italia, ni Grecia, ni Egipto. Tampoco he sacado todo el partido que se pudo haber sacado de las vidas de los santos y de las leyendas, que me ofrecían historias maravillosas: escogiendo entre estas con tino, se podía recoger una abundante cosecha. Este inmenso campo de riqueza y de imaginación de la Edad Media, sobrepuja en fecundidad a la metamorfosis de Ovidio y a las fábulas milésianas. Hay también en mi obra juicios dudosos o falsos, tales como el que emití respecto a Dante, a quien he rendido después el debido homenaje.

El éxito favorable de *Atala* me había embelesado, porque mi alma era joven aún: el de *El Genio del Cristianismo* me fué doloroso; porque me vi obligado a sacrificar mi tiempo a correspondencias cuando menos inútiles y a felicitaciones incómodas. Añádanse a esto los sobresaltos con que las musas se complacen en afligir a los que a su culto se dedican, los inconvenientes de un carácter fácil, la ineptitud para la fortuna, la pérdida del reposo, un genio desigual, unas aficciones más vivas, tristezas sin motivo, alegrías sin causa. ¿Quién desearía, si estuviese en su mano, comprar con estas condiciones las ventajas inciertas de una reputación que no está seguro de obtener, que le disputarían durante su vida, que la posteridad no asegurará, y a la que la muerte os ha de hacer extraño para siempre?

Un rasgo característico de la escuela imperial, y aun de la escuela republicana, es digno de mención; en tanto que la sociedad avanzaba hacia el mal o hacia el bien, la literatura permanecía estacionaria; ajena al cambio de estas ideas, no pertenecía a su tiempo. En la comedia, los señores de pueblo, los Colin, los Babet o las intrigas de esa sociedad, que ya era desconocida, se presentaban (como antes dije) ante hombres toscos y sanguinarios, destructores de las costumbres, cuyo cuadro se les ofrecía; en la tragedia, un público plebeyo se ocupaba de las familias de los nobles y de los reyes.

Dos cosas detenían a la literatura del siglo XVIII: la impiedad que conservaba de Voltaire y de la revolución, y el despotismo con que la gobernaba Bonaparte.

La más leve independencia parecía una rebelión a su poder; detestaba del mismo modo la rebelión de las palabras y de las ideas que de la fuerza armada. Suspendió el *Habeas corpus*, tanto por el pensamiento como por la libertad individual. Verdad es que es preciso confesar que el público, fatigado de la anarquía, sufría gustoso el yugo de las reglas.

La literatura que representaba la nueva era no ha reinado sino cuarenta o cincuenta años después del tiempo en que ella formaba el idioma. Durante este medio siglo no se había empleado sino por la oposición. Madama de Staël, Benjamín Constant, Lemerrier, Bonalt, yo, fuimos los primeros que hablaron esta lengua. El cambio de la literatura de que se vanagloria el siglo XIX, tiene su origen en la emigración y en el destierro; el señor de Fontanes fué quien cobijó esas aves de otra especie que la suya, porque, remontando al siglo XVII, había tomado el poder de ese tiempo fecundo y perdido la esterilidad del XVIII. Una parte del espíritu humano, la que trata de las materias transcendentales, progresó únicamente con un paso igual al de la civilización; por desgracia, la gloria del saber no se vió libre de lunares: los Laplace, los Lagrange, los Monge, los Chaptal, los Berthollet, todos estos prodigios, acérrimos demócratas en otra época, se hicieron los más sumisos servidores de Napoleón. Debemos decirlo en honor de las letras: la nueva literatura fué libre, la esencia esclava; el carácter no correspondió al genio, y aquellos cuyo pensamiento se había elevado al más alto cielo, no pudieron elevar su alma sobre los pies de Bonaparte: afirmaban no tener necesidad de Dios, sin duda porque necesitaban un tirano.

Bonaparte quiso que los hombres de la revolución no se presentaran en la corte sino de uniforme y con la espada al lado. No se veía a la Francia de la época; aquello no era orden, sino disciplina. Nada más enojoso que aquella pálida resurrección de la literatura de otros tiempos. Aquella calma fría, aquel anacronismo improductivo, desapareció cuando la nueva literatura apareció con estrépito, impulsada por *El Genio del Cristianismo*. La muerte del duque de Enghien tuvo para mí la ventaja, al dejarme aislado, de permitirme que siguiera en medio de la soledad mi propia inspiración, e impedirme que me alistase en la infantería regular del viejo Pindo: mi li-

bertad moral la debo a mi libertad intelectual.

En el último capítulo de *El Genio del Cristianismo* examino lo que hubiese sido del mundo si no se hubiera predicado la fe en la época de la invasión de los bárbaros: en otra parte llamo la atención sobre un trabajo importante, que aun he de hacer, sobre los cambios que el cristianismo produjo en las leyes después de la conversión de Constantino.

Suponiendo que la creencia religiosa existiese tal como en el momento en que escribo estas líneas, si *El Genio del Cristianismo* estuviese aún por hacer, lo arreglaría de muy diferente modo: en vez de enumerar los beneficios y las instituciones de nuestra religión en el tiempo pasado, demostraría que el cristianismo es el pensamiento del porvenir y de la libertad humana; que este pensamiento Redentor y Mesías, es la única base de la igualdad social; que él sólo la puede establecer porque coloca al lado de esta igualdad la impreindibilidad del deber corruptivo que regula el instinto democrático. La legalidad no es bastante para contener, porque no puede ser permanente; ésta busca su fuerza en la ley; pero la ley es la obra de los hombres, que pasan y varían. Una ley no es siempre obligatoria; puede en todo tiempo ser modificada por otra ley: no sucede así con la moral, que es invariable: lleva su fuerza en sí misma, porque emana del orden inmutable: ella tan sólo puede dar la estabilidad.

Demostraría que en todos los puntos en que ha dominado el cristianismo ha cambiado las ideas, ha rectificado las nociones de lo justo y de lo injusto, substituyendo la afirmación a la duda, y ha encerrado en sus doctrinas y preceptos la humanidad entera. Trataría de adivinar la distancia a que nos encontramos aún del total cumplimiento del Evangelio, calculando el número de males destruidos y de mejoras operadas en los diez y ocho siglos transcurridos del lado de acá de la cruz. El cristianismo obra con lentitud, porque obra en todas partes a un tiempo; no se asocia a la reforma de una sociedad particular; labora sobre la sociedad en general; su filantropía se extiende a todos los hijos de Adán; lo presenta con una maravillosa sencillez en las oraciones más usuales y en sus votos cotidianos, cuando dice al pueblo congregado en el templo: «Rogemos por todo cuanto padece sobre la tierra.»

Aun cuando *El Genio del Cristianismo* no hubiera dado origen a estas investigaciones, me felicitaría de haberlo publicado; falta saber aún, si en la época de la aparición de este libro, otro *Genio del Cristianismo* desarrollado sobre el nuevo plan cuyo diseño indico, hubiera obtenido el mismo resultado. En 1803, cuando nada se concedía a la antigua religión, cuando era blanco del desprecio, cuando todavía no se conocía la primera palabra de la cuestión, ¿se hubiera recibido bien el hablar de la libertad futura descendiendo del calvario, estando los espíritus destrozados por los excesos de la libertad de las pasiones? ¿Hubiera consentido Bonaparte una obra semejante? Era útil a mí entender excitar el sentimiento, interesar la imaginación en una causa tan desconocida, atraer las miradas sobre el objeto despreciado, hacerlo agradable, antes de pasar a demostrar su importancia, su poder y su utilidad.

Ahora, en la hipótesis de que mi nombre deje algunas huellas, lo debería, sin duda, a *El Genio del Cristianismo*; sin hacerme ilusiones sobre el valor intrínseco de la obra, le reconozco un valor accidental; llegó a tiempo oportuno. Si la influencia de mi trabajo no se ciñese al cambio que de cuarenta años acá ha producido en las actuales generaciones; si todavía sirviese para reanimar en los que han llegado más tarde una chispa de las verdades civilizadoras de la tierra; si el leve síntoma de orden que se cree notar se mantuviese en las generaciones futuras, me iría lleno de esperanza en la divina misericordia.

Revisado en diciembre de 1846.

París, 1837.

AÑOS DE MI VIDA 1802 Y 1803. — CASAS SOLARES. — LA SEÑORA DE CUSTINE, EL SEÑOR DE SAINT-MARTIN. — LA SEÑORA DE HOUDETOT Y SAINT-LAMBERT.

Mi vida habitual se alteró completamente desde el momento en que dejé de disponer de ella en absoluto. Adquirí nuevas relaciones, y fui llamado a varias casas solares que volvían a establecerse. Se vivía como se podía en aquellos edificios medio desmantelados, medio restaurados, en cuyos salones el desvencijado sillón de épocas pasadas figuraba al lado de la moderna butaca. Sin embargo, algunos de esos edificios habían podido conservarse intactos, entre ellos el llamado del Marais, que pertenecía a la señora

de La Briche, excelente señora, a quien la fortuna nunca mostró el rostro airado. Recuerdo que mi *inmortalidad* pasó a la calle *Saint-Dominique-d'Enfer* a tomar asiento en un mal coche de alquiler que me había de conducir a la posesión de que acabo de hablar, cuando me encontré con las señoras de Vintimille y de Fezensac. En la quinta de Champlâtreux, el señor Mole hacía construir pequeñas habitaciones en el segundo piso. Los magníficos tilos que adornaban una plazuela en frente de esta quinta habían sido cortados, pero todavía se conservaban en pie y con toda la pomposa lozanía de su sombra los que componían la tercera fila del paseo que conducía al edificio: después se hicieron nuevas plantaciones en ese terreno: ahora están en moda los álamos.

No había miserable desterrado que al volver de la emigración no pensara diseñar las ondulaciones de un jardín inglés en los diez pies de terreno de que podía volver a tomar posesión. ¿No hice yo mismo nuevas plantaciones en la quinta de La Vallée-aux-Loups? ¿No empecé a escribir en aquel sitio mis *Memorias*, prosiguiéndolas en la granja de Montboisier, a cuyo aspecto desfigurado por el abandono, trataban de dar nueva animación en aquellos tiempos, y ampliándolas en la quinta de Maintenón, que acaba de ser restablecida de los daños que le ha causado la nueva democracia?

Entre las abejas que volvían a reconstruir su colmena, figuraba la marquesa de Custine, heredera de los largos cabellos de Margarita de Provenza, esposa de San Luis, de cuya sangre también participaba. Asistí a la toma de posesión de Fervacques, y tuve el honor de acostarme en el lecho del Bearnés, así como en Combourg lo tuve anteriormente, ocupando el lecho donde en su tiempo durmió la reina Cristina. No fué, por cierto, pequeña empresa la que acometimos al verificar nuestro viaje a esa casa; por de pronto fué necesario embarcar en un mismo carruaje al niño Astolfo de Custine, a su ayo el señor de Berstoecher, a una antigua nodriza, alsaciana, que sólo hablaba en alemán, a una criada llamada Jenny, y a *Trim*, célebre y goloso perro que tuvo ocasión de ejercer su instinto en las provisiones de boca para el camino. ¿No se habría podido creer que esa colonia pasaba a Fervacques a establecerse allí para siempre? Pues aun no habían acabado de amueblar el edificio, cuando los nuevos

habitantes tuvieron que abandonarlo. Yo he visto a la que con tanto denuedo desafió al cadalso; la he visto pálida como una muerta, vestida de negro, demacrada por una dolencia mortal, sin más adornos en la cabeza que su sedosa cabellera; me sonrió con sus descoloridos labios al salir de Sécherons, cerca de Ginebra, para ir a expirar en Bex, a la entrada del Valais, y oí el ruido que hacía su ataúd al pasar de noche por las solitarias calles de Lausana para ir a buscar su eterno puesto en Fervacques: podía decirse que se apresuraba a ocultarse en una tierra, cuya posesión, así como la vida, no le había durado más que un solo momento. En el rincón de una chimenea que había en uno de los salones de aquel edificio se leía esta detestable rima, atribuída al real amante de Gabriela:

La señora de Fervacques
merece vivos ataques.

Otro tanto había dicho el soldado rey a otras muchas damas: aclaraciones pasajeras, de breve duración que, de belleza en belleza, se habían ido transmitiendo hasta la señora de Custine. Más tarde la posesión de Fervacques fué vendida.

Encontré también a la duquesa de Châtillon, quien, durante mi ausencia de los Cien Días decoró mi valle de Aulnay. La señora Lindsay, a quien yo no había dejado de ver, me hizo conocer a Julia Talma. La señora de Clermont-Tonnerre me llevó a su casa. Recordando esta señora un antiguo parentesco, que había habido en nuestras familias, se dignaba llamarme primo. Viuda de su primer esposo, el conde Clermont-Tonnerre, contrajo segundas nupcias con el marqués de Talaru. Esta dama convirtió en la prisión al señor de La Harpe. Por ella conocí al pintor Neveu, afiliado en el número de *sus caballeros-sirvientes*; Neveu me puso por algunos momentos en relación con Saint-Martin.

Saint-Martin había creído encontrar en el *Atala* cierto lenguaje misterioso que, a su parecer, le revelaba afinidad de opiniones conmigo. Neveu, a fin de estrechar aquellas relaciones que debían existir entre dos hermanos, nos convidó a comer en la buhardilla que habitaba en el palacio Borbón. Cuando llegué a la cita a las seis de la tarde, el *filósofo del cielo* estaba en su puesto. A las siete, un discreto criado colocó un potaje sobre la mesa, y, sin hablar palabra, se retiró ce-

rrando la puerta. Tomamos asiento y empezamos a comer silenciosamente. El señor de Saint-Martin, a quien por cierto no se le podían negar muy finos modales, no pronunciaba sino muy breves palabras en forma de oráculo. Neveu contestaba con exclamaciones y gestos de pintor: yo no decía ni una sola palabra.

Al cabo de media hora volvió a entrar el silencioso criado, cambió el plato y así se fueron sucediendo uno a uno los manjares dejando entre sí largos intervalos. El señor de Saint-Martin, que cada vez se sentía más animado, empezó a hablar como un arcángel; cuanto más hablaba más tenebroso era su lenguaje. Neveu me dió a entender, apretándome la mano, que llegaríamos a ver cosas extraordinarias, y oíríamos ruidos... hacía ya seis mortales horas que yo estaba esperando, y ni oía, ni veía nada de particular. A eso de la media noche el hombre de las visiones se puso repentinamente en pie: creí que el espíritu de las tinieblas o el espíritu divino habían descendido ya sobre su alma, y me dispuse a escuchar cosas sorprendentes; pero nada de eso sucedió. El señor de Saint-Martin manifestó hallarse cansado, y diciendo que otro día seguiríamos la conversación, se caló el sombrero y se marchó. Esta fué la única vez que le vi; desde allí fué a morir en el jardín del señor Lenoir-Laroche, mi vecino de Aulnay.

Soy un pájaro de mal agüero para el *Swedenborgiano*: el abate Faria se jactó en una comida en casa de la señora de Custine de matar un jilguero magnetizándolo: llegado el caso el jilguero fué más fuerte que el abate, y éste, despechado, tuvo que retirarse de nuestra sociedad, temiendo ser muerto por el jilguero: no parece sino que yo, como cristiano, desvirtuaba con mi presencia las maravillas del trípode.

En otra ocasión el célebre Gall, que no me conocía, también en casa de la señora de Custine, estando sentado a mi lado en la mesa, se engañó en la inspección de mi ángulo facial, me tomó, permitaseme la expresión, por un *renacuajo*, y cuando se enteró de quién era, trató de salvar su equivocación y el honor de la ciencia de un modo que me hizo ruborizar. La configuración de la cabeza podrá ayudar a distinguir el sexo, o señalar la parte que pertenece a las pasiones animales; pero referente a las facultades de la inteligencia me parece que la frenología nunca llegará a saber nada. Si se pu-

dieran reunir los cráneos de cuantos grandes hombres han existido desde el principio del mundo y someterlos al examen de los frenólogos, sin decir nada acerca de su procedencia, lejos de atinar con las cualidades morales que les distinguieron durante su vida, daría lugar el examen de las protuberancias a las más ridículas equivocaciones.

Me siento acosado de un remordimiento: he hablado del señor de Saint-Martin en tono de burla, y me arrepiento de haberlo hecho. Ese tono que continuamente trato de rechazar y que constantemente está haciendo esfuerzos por reproducirse en lo que escribo, me hace sufrir, porque yo aborrezco el espíritu satírico, considerándolo como el más mezquino, fácil y trivial; bien entendido que no por eso trato de criticar el espíritu que preside la comedia sublime. Digo, pues, que el señor Saint-Martin era un hombre de mucho mérito, y de un carácter noble e independiente. Sus ideas, cuando eran inteligibles, eran bastante elevadas y de una naturaleza superior. ¿No debería sacrificar lo que he dicho en las páginas anteriores en obsequio de la generosa y lisonjera declaración del autor del *Retrato del señor Saint-Martin ejecutado por él mismo*? No vacilaría un momento en borrar por completo dichas páginas si lo que he dicho en ellas pudiera causar el menor perjuicio a la grave memoria del señor Saint-Martin, o al aprecio que siempre la acompañará. Veo, por lo demás, con singular placer que mis recuerdos no me habían engañado. El señor de Saint-Martin no se sintió afectado de las mismas sensaciones que yo durante la cena que he referido; mas, por lo que él mismo dice acerca de aquel suceso, puede conocerse que yo no he inventado aquella escena y que la descripción que de ella hacemos es parecida en cuanto al fondo.

«El día 27 de enero de 1803, dice el señor de Saint-Martin, tuve una entrevista con el señor de Chateaubriand en una comida dispuesta al efecto, en casa del señor Neveu en la escuela politeénica. Mucho habría yo ganado en haberle conocido antes. Aquel caballero es el único literato de maneras afables que he conocido, por lo menos así me lo dió a entender en el breve momento que gocé de su conversación. No sé cuándo se me proporcionará ocasión de poder volverle a hablar, porque el rey de este mundo tiene buen cuidado de poner trabas a las

ruedas de mi carretilla. Pero, ¿a quién necesito yo no siendo a Dios?»

También conocí en la quinta del *Marais* al señor de Saint-Lambert y a la señora de Houdetot, representantes, el uno y la otra, de las opiniones y libertades de otros tiempos, conservadas con el mayor esmero. Basta tener firmeza en la vida para llegar a ver las ilegítimidades convertidas en legitimidades. Se llega a apreciar la inmoralidad porque no ha dejado de existir y porque el tiempo la ha condecorado con sus arrugas. Dos esposos, que no lo son y que permanecen unidos por respetos humanos, es indudable que sufren bastantes molestias por su venerable estado; se fastidian y se detestan cordialmente con todo el mal humor de la edad: es un efecto de la justicia divina.

¡Triste de aquel que vive muchos años!

Es difícil comprender algunas páginas del libro de las *Confesiones*, después de haber visto el objeto de los arrebatos de Rousseau. ¿La señora de Houdetot guardaba las cartas que J. Jacobo le escribió y que en su concepto eran más apasionadas que las de la *Nueva Eloísa*? Es de creer que las hubiese sacrificado al señor de Saint-Lambert.

Al cabo de ochenta años, aun solía exclamar la señora de Houdetot:

¡Y el amor me consuela!
Sin él no habrá consuelo para mí.

Nunca se acostaba la señora de Houdetot sin dar tres golpes en el suelo con su chinela, diciendo al ya difunto autor de las *Estaciones*: «Buenas noches, amigo mío.» He aquí a lo que en 1803 quedaba reducida la filosofía del siglo XVIII.

La compañía de la señora de Houdetot, de Diderot, de Saint-Lambert, de Rousseau, de Grimm y de la señora d'Épinay me hicieron insoportable el valle de Montmorency, y aunque con relación a los sucesos me alegró de haber tenido ocasión de ver una reliquia de los tiempos volterianos, estoy muy distante de echar de menos aquellos tiempos.

París, 1838.

VIAJE AL MEDIODÍA DE FRANCIA (1802)

Una reimpresión furtiva de *El Genio del Cristianismo*, hecha en Aviñón, me llevó en el mes de octubre de 1802 al Mediodía de Francia. No conocía yo más

que mi pobre Bretaña y la provincia del Norte, que atravesé al abandonar mi país. Iba a ver el cielo de Provenza, ese cielo que debía proporcionarme un reflejo de Italia y de Grecia, hacia donde mi instinto y la inspiración me arrastraban. Me encontraba en una feliz disposición; mi reputación hacía mi vida dichosa; hay una porción de sueños en el primer éxtasis de la fama, y los ojos se llenan con placer con la luz que se levanta; pero, cuando se extinga esta luz, os dejará en la más sombría obscuridad; si persiste, la costumbre de verla os hará insensible a su resplandor.

Lyón me produjo un indecible placer. Volví a encontrar esas obras de los romanos que no había visto desde el día en que repasaba en el anfiteatro de Tréveris algunas páginas de *Atala* sacadas de mi mochila. Sobre el Saona cruzaban de uno a otro lado barcos entoldados, cada uno con su luz: conducíanlos mujeres; una barquera de diez y ocho años, que me tomó a bordo, arreglaba a cada movimiento del remo, las flores atadas a su sombrero. Por la mañana me despertaron las campanas. Los conventos de los alrededores parecían haber recobrado sus solitarios. El hijo del señor Ballanche, propietario de *El Genio del Cristianismo*, después del señor Migneret, era mi huésped: más tarde fué mi amigo. ¿Quién no conoce hoy al filósofo cristiano, en cuyos escritos brilla esa dulce claridad, sobre la que se deleita uno fijando sus miradas como sobre el rayo de luz de un astro querido?

El 27 de octubre el barco que me conducía a Aviñón se vió obligado a detenerse a causa de una tempestad. Me parecía estar en el centro de América; el Ródano me representaba mis caudalosos ríos salvajes. Me alojé en una pequeña posada, a la misma orilla del agua: un conseripto estaba de pie en un rincón de la cocina; llevaba un saco a la espalda, e iba a reunirse al ejército de Italia. Yo escribía sobre el fuelle de la chimenea: la posadera, sentada y silenciosa, por consideración al viajero, amenazaba al perro y al gato para que no hiciesen ruido.

Me ocupaba en un artículo que había hecho bajando el Ródano, y relativo a la Legislación primitiva del señor de Bonald; preveía yo entonces lo que había de suceder: «La literatura francesa—decaía—va a cambiar de aspecto; con la revolución nacerán otros pensamientos, otro modo de mirar las cosas y los hom-

bres. No es difícil prever que los escritores se dividirán. Unos se esforzarán por abandonar las antiguas sendas; otros procurarán seguir los modelos antiguos, pero presentándolos bajo un nuevo aspecto. Es muy probable que estos últimos concluyan por alcanzar la victoria sobre sus adversarios, porque al apoyarse en las grandes tradiciones y en los grandes hombres, tendrán guías más seguros y documentos más fecundos.»

Las líneas que concluyen mi crítica son de la historia; mi espíritu marchaba desde entonces con mi siglo: «El autor de este artículo—continuaba—no puede negar a una imagen que le presenta la posición en que se halla. A la hora en que escribe estas líneas, se ve arrastrado por la corriente de uno de los mayores ríos de Francia. Sobre dos montañas opuestas se elevan dos ruinosas torres; encima de ellas se ven suspendidas unas pequeñas campanas que los campesinos repican a nuestro paso. Este río, estas montañas, estos sonidos, estos monumentos góticos entretienen un momento los ojos del espectador, pero nadie se detiene para ir adonde le invita la campana. Así, los hombres que hoy día predicán la moral y la religión, en vano dan la señal desde lo alto de sus ruinas a los que el torrente del siglo arrastra; el viajero se asombra de la grandeza de las ruinas, de los suaves sonidos que de ellas emanan, de la majestad de los recuerdos que se elevan de allí, pero no interrumpe su camino, y a la primera revuelta del río lo olvida todo.»

Al llegar a Aviñón, la víspera de Todos Santos, un niño que llevaba libros, me presentó algunos, y le compré tres ediciones distintas y falsificadas de una pequeña novela titulada *Atala*. Recorriendo todas las librerías, encontré al falsificador, para quien yo era desconocido. Me vendió los cuatro tomos de *El Genio del Cristianismo*, al precio razonable de nueve francos el ejemplar, haciéndome un gran elogio de la obra del autor. Vivía en una hermosa casa con patio y jardín. Creí haber hallado el pájaro en el nido: pero, al cabo de veinticuatro horas me cansé de perseguir la fortuna, y me arreglé con el editor por casi nada.

Aviñón me hizo pensar en un compatriota mío: Duguesclín valía tanto como Bonaparte, pues salvó la Francia de las garras de la conquista. Habiendo llegado cerca de la ciudad de los pontífices con los aventureros que en pos de su

gloria militar acudían de España, dijo al comisionado que el Papa envió para que saliera a su encuentro: «No me lo ocultes, hermano: ¿ese dinero que me ofreces, ha salido del tesoro del pontífice?» Como se le contestara que no, que procedía de un reparto hecho entre los vecinos de la ciudad, el buen Beltrán replicó: «pues, amigo, le aseguro que me conformo en no tener un cuarto en toda mi vida, pero quiero que esas monedas se devuelvan a los que las han dado, y diga usted al Papa que tenga buen cuidado de mandarlo hacer así; pues si yo llegara a saber que no se había hecho tendría un gran sentimiento, y aunque me hubiera ido al otro lado del mar, trataría de volver cuanto antes por acá.» De manera que Beltrán Duguesclín fué pagado con dinero del pontífice, sus soldados aventureros fueron absueltos, y la absolución plenamente confirmada.

Antiguamente los viajeros transalpinos empezaban por Aviñón, que era la puerta de Italia. Los geógrafos dicen: «El Ródano pertenece al rey; pero la ciudad de Aviñón está regada por un ramal del Sorgue, que pertenece al Papa.» ¿Está el Papa muy seguro de conservar por mucho tiempo la propiedad del Tíber? En Aviñón se acostumbraba visitar el convento de los Celestinos.

En el templo de los Franciscanos estaba el sepulcro de *madonna Laura*: Francisco I mandó abrirlo, y saludó aquellas cenizas immortalizadas. El vencedor de Marignan dejó sobre la tumba, que mandó construir, el siguiente epitafio:

«En un pequeño espacio podéis ver encerrado lo que por su fama ocupó tanto.»

«¡Oh, alma sublime! ¡A ti, que tan apreciada fuiste, la mejor alabanza que se te puede tributar es el silencio, porque las palabras son siempre estériles cuando el objeto sobrepuja a cuanto se puede decir...»

Por más que se diga, *el padre de las letras*, el amigo de Benvenuto Cellini, de Leonardo de Vinci, del Primaticcio, el rey a quien debemos la *Diana*, hermana del *Apolo de Belvedere*, y la *Sacra Familia* de Rafael; el cantor de Laura; el admirador del Petrarca, recibió de las bellas artes agradecidas una vida que no tendrá fin.

Iba yo a Vaucluse a coger, junto a la fuente, los brezos perfumados y la primera aceituna que producía un tierno olivo: